

## CAPITULO XXXII.

## Una pasion fatal.



ESPERANZA se despidió de sus padres y se trasladó á Florencia, de donde distaba una legua escasa su morada.

Tenian que pasar una noche en la ciudad para emprender al dia siguiente el camino, y pernoctaron en una hostería.

Américo pidió al hostelero una habitacion para su ama, preparándose á pasar la noche sobre alguno de los bancos que rodeaban el hogar.

Era el anochecer cuando los dos llegaron á la hostería.

Esperanza subió á su habitacion y una criada la sirvió en cuanto fué necesario, porque Américo, temiéndose á sí mismo, no quiso verla.

Al dia siguiente, despues de una noche de insomnio terrible, llamó á la puerta de su aposento.

Un instante despues estaba en su presencia.

Las mejillas de Esperanza se cubrieron de un vivo carmin. Américo no se atrevia á mirarla.

—Señora, vengo à tomar vuestras órdenes, le dijo al fin.

Américo fijó en ella una mirada y vió que sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Qué teneis, señora? añadió.

—Nada, nada, contestó Esperanza sollozando.

—¿Sentís dejar vuestra patria?

—Siento que no me abandone la vida.

—¡Esperanza! dijo el jóven no pudiendo dominarse y acercándose á ella.

Y despues de una breve pausa, añadió identificándose con su dolor:

—¿Qué desgracia!os somos!... Pero, no, no lo seremos. Hablemos con sinceridad una vez... perdonadme, señora, perdonadme si os confio los sentimientos de mi alma y os pido á mi vez que desoigais vuestro corazon imitando mi ejemplo. Esta entrevista será la última, la última en que hablará nuestro corazon; pero nos hará mucho bien porque somos buenos, porque comprendemos el deber, porque estamos resueltos al sacrificio.

—¡Américo! exclamó Esperanza mirándole con ternura, Dios lo quiere.

—Yo hubiera dado mi vida, dijo Américo, por haberos hallado en el mundo en la humilde morada que acabais de dejar, al lado de vuestros pobres padres, sin fortuna, sin esposo.

Entónces os hubiera confiado los sentimientos de mi alma, os hubiera dicho: Esperanza, os amo con todo mi corazon; soy tambien pobre, pero la felicidad que me promete vuestro cariño me dará fuerzas para dominar á la fortuna, para ser grande y rico, para desafiar los peligros y vencerlos, para labrar vuestra ventura; y entónces hubiera trabajado noche y dia, hubiera luchado brazo á brazo con la suerte, hubiera vencido, y ante el altar os hubiera jurado eterna fe, considerándome el más feliz de los mortales.

Hoy esos sentimientos viven en mi alma; hoy, perdonadme que os lo diga, os amo con delirio, con frenesí; la pasion que habeis despertado en mi corazon es eterna, no se extinguirá nunca; pero la felicidad que en otro caso me hubiera

prometido, se trueca hoy en desgracia. Sí, en desgracia porque os amo, os amo con toda mi alma, y sin embargo, esta será la última vez que os lo diga. Comprendo que debo sufrir, sacrificarme, y no tendré ni siquiera la dicha de saber que sois feliz al lado de vuestro esposo, porque, permitidme que así lo crea, no le amais.

Esperanza estaba profundamente conmovida.

—Teneis razon; no es amor, sino gratitud y veneracion lo que siento hácia él. Honrado, noble, generoso, hizo grandes favores á mis padres, quiso sacarme de la mísera condicion en que vivia y elevarme á su altura, me dió el nombre de esposa, y yo juré ante el altar ser fiel á su deseo. Dios me ha dado fuerzas para cumplir mi juramento, porque á mi vez, debo deciroslo, Américo, mi alma ha experimentado el mismo sentimiento que la vuestra. Yo tambien hubiera sido muy feliz si en los dias de mi pobreza os hubiera visto y hubiera oído vuestros juramentos amorosos. La Providencia nos ha separado para siempre. La felicidad se ha tornado en desdicha. Sed fuerte como yo; ofrezcamos á Dios nuestro sacrificio: no manchemos la honra que debe conservar ilesa.

—Yo os lo juro, añadió Américo; pero decidme al ménos que sereis para mí una hermana, una amiga; decidme que siempre que os aflija alguna pena me la confiareis, que pensareis en mí como yo en vos; que elevareis al cielo vuestra plegaria para que se apiade de mí, como yo elevaré las mias, y pediré vuestra felicidad, vuestro reposo.

—Así lo haré, y que esta sea la última vez en que latán de amor nuestros corazones.

Poseidos del sentimiento del deber, creyeron un instante que podrian vivir cerca el uno del otro sin más afecto que el fraternal que se habian ofrecido.

Aquel mismo dia emprendieron el viaje, y no tardaron en

llegar á Sevilla en donde don Alfonso les esperaba con ansiedad.

Esperanza estuvo con él más cariñosa que nunca.

Américo comprendió que toda su firmeza, toda su abnegacion, todo su heroismo, no bastaria á sofocar la pena que experimentaba.

Don Alfonso tendió los brazos a su esposa, y aquella prueba de cariño fué una herida mortal para el corazon de Américo.

Procuró alejarse de ella; pero los dias que pasaba sin verla no hacia más que aumentar el deseo de volver á su lado, de contemplar, de embriagarse con sus miradas; no hacia más que soñar en la felicidad que con su amor habia alcanzado.

Esperanza participaba de las mismas ilusiones, de los mismos sentimientos.

En los instantes en que se veian á solas cambiaban frases ardorosas, sus manos se estrechaban, y un dia . . . un dia Américo no pudo contener la pasion que le devoraba, é imprimió un ósculo sobre la blanca frente de la jóvon esposa.

Desde aquel dia no se atrevieron á mirarse cara á cara.

Pero el sentimiento del deber les contenia, y trascurió más de un año sin que se dirigieran una sola palabra, á no ser ceremoniosamente y en presencia de don Alfonso, que nada sospechaba.

El torrente oprimido no pudo contenerse.

Don Alfonso tuvo que hacer un viaje á Cádiz, y el mismo dia en que partió, llamó Esperanza á Américo.

Este habia procurado desencantar á la esposa de su protector.

Ultimamente habia hecho ostencion de amoríos con gitanas, y tratado de que le viesen andar por los barrios más extraviados de Sevilla, á fin de que llegase á noticia de Esperanza su conducta para que le despreciase.

—Pero, por desgracia suya, las noticias que llegaron á los oídos de la jóven esposa, al mismo tiempo que su indignacion, aumentaron su amor.

Deseaba hablarle y aprovechó la primera ocasion que se le presentó.

—Os espero esta noche al dar las ánimas, le dijo en un momento, yo misma os abriré la puerta.

Una mujer desesperada es capaz de todo.

Américo vaciló mucho tiempo, pero tambien deseaba aquella entrevista, y al toque de ánimas estaba á la puerta.

No tardó esta en abrirse.

—¡Vos, Esperanza! exclamó Américo.

—Yo, sí.

Y ¿no temeis que los criados nos sorprendan?

—Los criados duermen tranquilos: les he dado un narcótico.

—¿Qué habeis hecho?

Necesitaba veros, necesitaba hablaros. Venid, venid conmigo.

Y cerrando la puerta, le guió hasta su habitacion.

Todo estaba en silencio,

La estancia se hallaba iluminada por la débil luz de una lámpara morisca que pendia del techo.

—Sois un infame, dijo Esperanza á Américo.

—¿Qué decís?

—No me retracto.

—¿Qué os he hecho para que me trateis de ese modo?

—¡Y me lo preguntais! ¿No os lo dice vuestra conciencia?

—Mi conciencia está tranquila, Esperanza.

—No lo dudo; por eso sois lo que os he dicho ántes.

—Explicaos.

—Un día se confiaron nuestras almas sus mútuos sentimientos y ofrecimos sacrificar nuestro amor al deber, pero sin

dejar de amarnos en el fondo del alma, como amigos. Yo sufría más por vos que por mí, porque creía que vuestro tormento era horrible, y sin embargo el amor ha huido de vuestro pecho, ó por lo ménos habeis podido dar cabida en él á pasiones livianas.

—¿Qué decís?

—No ignoro vuestra conducta; con ella me habeis ofendido: con ella me ofendeis.

—¡Esperanza!

—Sí, Américo, sí. Yo por vos he faltado á mis deberes, he huido de las caricias de mi esposo, he arrostrado su ira, su indignacion, y miétras tanto vos habeis vivido entregado á las más desordenadas pasiones.

—No lo creais, no es cierto.

—Yo misma lo he visto: ¿podreis negármelo?

—No lo niego. He querido aparentar à vuestros ojos infamias que no he cometido, porque deseaba que me odiaseis, porque queria quitar todo pretexto á mi pasion para que tomara cuerpo en mi alma; pero ya es inútil, porque si vos sois mi vida, léjos de vos no vivo, no podria vivir.

Las palabras de Américo y la buena disposicion de Esperanza para creerle, pusieron término á aquella escena de reconciliacion, y la tornaron en tierna y amorosa.

Al dia siguiente, cuando Américo, mucho ántes de amanecer, salia de aquella casa:

—¡Que Dios nos perdone! dijo á Esperanza.

Esta bajó los ojos y entregó su frente á los labios de Américo.